

EL PAIS DE LA UTOPIA

Entrevista con Alberto Flores Galindo, por Peter Elmore.

La historia está hecha también de las esperanzas y los sueños de los hombres. Sobre esta premisa Alberto Flores Galindo (autor de *La agonía de Mariátegui y Aristocracia y plebe*, entre otros libros) ha trabajado durante ocho años el territorio fascinante de las utopías andinas, al cabo de los cuales ha producido un texto fundamental, *Buscando un inca*.

El trabajo acaba de ser galardonado con el premio cubano Casa de las Américas y el primer capítulo, por feliz coincidencia, está a punto de ser puesto en librerías bajo el título *Europa y el país de los incas: la utopía andina*. Sobre el Juicio Final, el Taqui Onqoy, los incas selváticos de Vilcabamba y Sendero, entre otras cosas, versa la siguiente entrevista.

Para la mayoría de los costeños el mundo andino se identifica con el pasado incaico y es, en buena cuenta, monolítico. De hecho, cuando en la época de Velasco se usó propagandísticamente la imagen de Inkarrí ya esa concepción era bastante fuerte. En tu trabajo, sin embargo, insistes en que la idea de Inkarrí tomó fuerza recién un siglo después de la Conquista y que los andinos han formado una realidad contradictoria, difícil, muchas veces enfrentada violentamente en su propio interior. ¿Qué conclusiones trae esa visión para entender lo andino en el presente?

—Bueno, podría comenzarse pensando en las luchas entre comunidades en el Ayacucho actual, que son manipuladas por el poder pero que tienen raíces históricas. Me parece que es preciso oponerse a la idea de que el mundo andino es unitario, cerrado y poco contaminado por la influencia occidental, porque termina sirviendo para dar una versión metafísica y antihistórica de lo que realmente pasó en los Andes desde la Conquista. Esa mirada que cuestiono está presente no sólo en los trabajos de gente como John Murra y Franklin Pease, sino que tuvo su expresión política más clara en el Informe Uchuracay.

INKARRI Y EL MILENIO

La imagen de Inkarrí, la unión de los miembros descuartizados de un ser mítico que traerá justicia para los oprimidos resulta ser, en tu lectura, una imagen mestiza. En tu ensayo la asocias con las ideas de Joaquín de Fiori, un franciscano del siglo XII, y en general con toda una corriente milenarista dentro del catolicismo. ¿Eso te sirve para mostrar que el mundo andino no es "puro"?

—Así es. Enrique Urbano me mostró una epístola de San Pablo en que la Iglesia se compara a un cuerpo que puede desmembrarse, escindirse: el parecido con el mito de Inkarrí es clarísimo. Creo que desde el siglo XVI los hombres andinos han ido construyendo un patrón de pensamiento en el que lo precolombino y lo occidental se han mezclado más íntimamente de lo que suele creerse.

—Eso significa que el cristianismo no sólo se implantó por la fuerza, sino que alcanzó a convencer a la población nativa.

—Parte del pueblo andino se convirtió al cristianismo como se habían convertido los bárbaros en los inicios de la Edad Media. El transtorno de la Conquista debe haber sido vivido como una derrota de las antiguas huacas, de las divinidades protectoras, y en consecuencia no quedaba remedio que aceptar al Dios más fuerte, cuyo discurso era el de aceptar con resignación el dolor y el sufrimiento. Hubo otros que, paradójicamente, encontraron una fuerza subversiva y esperanzadora en creencias como la de la resurrección de los muertos. De hecho, los indios que hicieron esta segunda lectura son los que dieron con Inkarrí.

—¿Había milenaristas y herejes utópicos entre los mismos conquistadores españoles?

—Muchos milenaristas europeos vieron en este continente no sólo un refugio contra la persecución sino el lugar que demostraba la corrección de sus ideas. En una versión mesiánica del siglo XV los indios serían una de las diez tribus perdidas de Israel que debían reaparecer justo antes del Juicio Final.

—Por otro lado, el Perú de la Conquista debe haber estado muy asociado a la idea del Juicio Final, del cataclismo universal.

Eduardo Rembado



Cuadro andino del siglo XVIII.

—Sin duda. Según David Cook en 1530 vivían 2'738,673 personas en el territorio actual del Perú, que se redujeron a 601,645 en 1630. El panorama era, entonces, de muerte y desolación, de fin de mundo. El genocidio no fue causado sólo por la guerra y los malos tratos sino por las epidemias que trajeron los españoles: la palabra que servía para predicar era, al mismo tiempo, el vehículo de enfermedades contra las cuales los indios no habían generado anticuerpos. Aparte de esto, la muerte está presente también en la decisión de destruir huacas y adoratorios, muy en la lógica del catolicismo de la Contrarreforma.

LA ENFERMEDAD DEL CANTO

Esa lógica era contraria a la de los hombres andinos, que podían integrar a Jesucristo a su sistema de huacas y divinidades locales.

Eduardo Rembado



¿Sendero tiene que ver con el milenarismo?

—En efecto, Jesucristo, la Virgen María y los santos forman parte de la "huaca de los españoles". En el momento de la Conquista habían demostrado más poder que las huacas nativas, pero hacia 1560 se produce el movimiento del Taqui Onqoy, en la zona de Huamanga, que intenta expulsar al Dios de los españoles mediante la alianza entre las huacas del altiplano y las costeñas. Taqui Onqoy significa "enfermedad del canto" y la manera en que se manifestó la rebeldía contra el orden establecido fue abandonando los trajes hispanos y entregándose a ritos de purificación. Fue para usar términos contemporáneos, una insurrección cultural.

—Sin embargo, hay quienes dicen que los sacerdotes del Taqui Onqoy tuvieron relación con los incas de Vilcabamba, los miembros de la dinastía inca que se habían replegado a la caja de selva.

—No creo que haya evidencia suficiente para afirmar que hubo tal relación.



La utopía andina no es simple ni unitaria: es la suma de intentos dispares para defenderse de la opresión.

ción. Lo único cierto es que hay una ruta que une Vilcabamba con el valle de Pampas, pero en eso acaba todo. Mientras la gente del Taqui Onqoy rechazaba todo lo hispano, los de Vilcabamba querían usar la técnica moderna. Además, en el proyecto de esta rama de la aristocracia indígena había dos salidas: formar un reino en el que se conviviera con los españoles o intentar una monarquía autónoma.

—Es decir, los miembros del Taqui Onqoy no pensaron en la solución armada.

—Por lo menos, en mi opinión, no de la mano de los incas de Vilcabamba. Ahora bien, las diferencias entre ambos movimientos no se agotan en lo que he dicho antes, pues uno tiene que pensar que lo de Vilcabamba fue un asunto de la relegada aristocracia inca, mientras que lo del Taqui Onqoy surgió de la base indígena misma y tuvo un liderazgo prácticamente anónimo. Aparte de eso es necesario entender que los incas de Vilcabamba, hasta el Túpac Amaru I que fue decapitado en Cusco, vivían en una zona de frontera y en actitud básicamente defensiva. Los del Taqui Onqoy lograron extenderse por un territorio más bien amplio.

UTOPIAS Y SENDERO

A propósito de estas diferencias, tú sostienes que no puede hablarse de una sola utopía andina.

—La utopía andina es, como el propio mundo andino, una realidad conflictiva. No se trata de una idea que va tomando diversas formas sino de una necesidad que genera respuestas distintas, a veces contrapuestas en el tiempo. Lo que une a todas las utopías andinas es el deseo de encontrar una identidad opuesta a la de los conquistadores y la aspira-

ción de crear un futuro totalmente distinto a partir de repensar el pasado mítico. Pero no hay que confundirse: se difiere mucho en relación a cuáles son las posibilidades de ese futuro.

—Cuando se habla de milenarismo y de utopía andina uno tiende a pensar en Sendero Luminoso. Leyendo tu trabajo, la impresión final es que los movimientos utópicos andinos están confiados en que el mundo se va a dar vuelta, en que el pachacuti se producirá, pero que no es indispensable luchar directamente para que esta gran revolución ocurra. Desde ese punto de vista Sendero no tiene nada que ver con el milenarismo tradicional.

—Es cierto, La idea del pachacuti y la del Apocalipsis (o la mezcla de ambas) en el mundo andino lleva a pensar que el pasaje de un orden a otro no es producto de la voluntad de los hombres sino de signos que están más allá de la historia. En *El sueño del pongo*, ese relato cusqueño que recogió Arguedas, queda claro que el pongo pasa arriba y el patrón baja porque así lo decidió "nuestro padre San Francisco". Cuando Túpac Amaru se levanta cree leer signos favorables al pachacuti y cuando Juan Santos Atahualpa se dirige a la selva es porque piensa que ha llegado la hora de buscar el Gran Paititi. El caso límite es el de Gabriel Aguilar en 1805, que organiza una fallida rebelión porque sus sueños así se lo dictan. El milenarismo andino no se mueve con la lógica del racionalismo occidental ni de sus subproductos, entre los cuales está la política tal cual la concibió Maquiavelo. En la utopía andina las fronteras entre el mundo de lo real y lo imaginario son totalmente distintas a las que nosotros admitimos. A ese mundo se le podría llamar real-maravilloso, si el término no estuviera tan asociado a la ficción y la literatura.

CUBILLAS: LA SONRISA QUE PERDURA

ABELARDO SANCHEZ-LEON

Con esto de "las despedidas son muy tristes, y mañana me voy" se han desplegado en nuestro medio modalidades muy distintas de decir chau. En el fondo, cada cual tiene su estilo, acorde con su personalidad. La de Sotil ha sido de a pocos, como quien se borra de sus amigos moviendo ligeramente los dedos de la mano: "quiero irme como llegué al fútbol, en silencio", declaró hace poco. Chumpi se fue casi de casualidad, en un partido de media caña, en el cual jugó apenas 20 minutos. Carbonell también se fue, aprovechando la liguilla, "sin querer queriendo". Otros, muchos, se fueron sin que nadie se diera cuenta y otros cracks alargaron en demasía la cuerda, y les gritaban "vete, viejo", porque nunca se iban. Hay hasta "una Lima que se va" y otra que debería irse, y así el tiempo pasa, domingo a domingo, cada 90 minutos. Hace 4 días Teóduo Legario se fue para siempre.



Cubillas lo ha hecho a su modo: con bombo y platillo, porque supo, por extraña intuición, que en el Perú no hay instancia pública que reconozca méritos, más allá del "le damos las gracias por los servicios prestados", antes del puntapié final. Por eso Cubillas, cual "self made man" nacional, se ha organizado él mismo su despedida. Eso a muchos no les parece elegante, pero "el que no llora, no mama", sobre todo en el fútbol peruano. Cubillas ha tenido el mérito, la inteligencia y la astucia de conservar, en este despiadado negocio, su sonrisa, sus piernas intactas y sus bolsillos llenos. Es casi una excepción. Y, desde los 16 años, cuando estaba en la G.U.E. Benfín, impuso sus reglas de juego: jugar limpio, estudiar, saber defenderse, hacer bien sus contratos, no olvidar jamás que viene de Puente de Piedra, que es del Alianza Lima, única camiseta peruana que ha defendido. Todo a su tiempo. Durar: ésa era su consigna.

Cubillas ha evolucionado, como diría Marcos Calderón, de menos a más. Incluso se quedó un poquito más de la cuenta con la divisa nacional en el Mundial de España, pero su carrera deportiva escogió los mejores escenarios para su juego: en la Bombonera '69, en el Mundial de México y en el de Argentina. Hizo goles claves, estuvo en partidos decisivos. No se malbarateaba, no perdía la cabeza, no lo expulsaban, no arriesgaba la pierna por gusto. ¿Qué espectador va a visitar a un jugador con la pierna rota al hospital? Nadie. Cubillas ha administrado su vida, su imagen, su finanza y su familia. No responde al caso del jugador despilfarrador ni a la "eterna posibilidad"; fue una realidad y escogió los mejores momentos para demostrarlo.

Cubillas no sólo es una persona moderna porque hizo estudios de Adminis-

tración en la Universidad Villarreal; lo es, porque supo desde joven que este país explota o devora y que hay que andarse con cuidado. Siempre creyó en la institución familiar. En la suya, en la de Puente de Piedra, en sus hermanos, en sus amigos de barrio, en sus compañeros de club. Se aferra a lo sólido y estable. Hizo sus preliminares a los 11 con Charún, Eladio y Babalú; sus semifondos y los partidos estelares. Se tomó su tiempo. A los 20 jugaba por el Perú y después de dos décadas nos dice adiós. ¿Que todo lo ve dinero? ¿Que cobra por acá y por allá? ¿Que cuánto habrá ganado ahora? Cubillas sabe que el fútbol es negocio y espectáculo, y debe estar decidido a no hacer el papel de víctima o derrotado. ¡Hay una tan larga tradición de víctimas en nuestro fútbol profesional, que en todo caso, es mejor que el jugador sea el dirigente de su destino!

Cierto: Cubillas quizá no sea el jugador más querido por el público ni el que haya jugado en equipos de reconocida trayectoria mundial, pero se le respeta. Es honesto. Tiene sonrisa de paz interior. No fuma ni bebe. No niega su pasado. No tiene vergüenza de tener lo que tiene ni de ser lo que es: se lo ganó con su pulmón y su esfuerzo. El ha cumplido. Chau, Nene: te vas, porque sientes que has estado con nosotros, y quieres decirnos adiós. Y contigo se va esa pléyade extraordinaria de jugadores de los años '70.